

promiso con una pérdida es una guerra encarnizada, y puede V. ver si sus armas...

—No, no—respondió Renato moviendo la cabeza,— no puedo.

—Entonces sigala V. mismo—continuó Claudio con implacable lógica;—yo conozco al tal Desforges. Vale la pena, no lo dude usted; yo he trabajado para lograr el talento de la observación. Ese hombre es una sorprendente mezcla de orden y de desorden, de libertinaje y de higiene. Sus citas deben ser metódicas como todo en su vida; una vez por semana y á la misma hora, no muy cerca del almuerzo, porque le perturbaría la digestión; tampoco cerca de la comida, porque le trastornaría sus visitas, su partida de *bezigue* en el Circulo. Espíela. Antes de ocho días sabrá V. á qué atenerse. Quisiera poder decir que dudaba del éxito de esta investigación... ¡Ah! mi pobre niño; ¡ser yo quien le ha arrojado en medio de ese fango! Tenía V. una vida dichosa aquí, y yo vine á llevarle de la mano á esa sociedad infame, donde ha encontrado á ese monstruo. Y si no hubiera sido ésa, hubiera sido otra... A todos los que yo quiero les hayo algún mal... ¡Dígame V. que me perdona! Necesito su amistad, vamos... un arranque generoso...

Claudio tendió las manos al joven, éste las

cogió y se las estrechó con toda su fuerza, se dejó caer en una butaca, la misma en que Susana se había sentado, y prorrumpiendo en llanto, exclamó:

—¡Dios mío! ¡cuánto sufro!...

Claudio había concedido ocho días á su amigo para desengañarse; apenas habian pasado cuatro, cuando Renato llegaba al hotel Saint-Euverte al caer la tarde, con la cara tan trastornada, que Fernando no pudo contener una exclamación al abrirle la puerta:

—Pobre señor Vincy—dijo el criado;—¿va usted á ser acaso como mi señor, á quemarse la sangre?

—¡Dios mío! ¿qué ocurre?—exclamó Claudio cuando Renato entró en el famoso «sufriero».

El escritor estaba sentado á su mesa, trabajando y fumando. Arrojó el cigarro y su fisonomía expresó la más viva ansiedad.

—Tenía V. razón—dijo Renato con voz ahogada;—¡es la última de las mujeres!

—La penúltima—interrumpió Claudio con amargura, parodiando la célebre frase de Chamfort;—no hay que quitar el mérito á Colette. Pero ¿qué ha hecho V.?

—Lo que V. me aconsejó—respondió Renato con acento singular;—y ahora soy yo quien le pide perdón por haber dudado de V....

Si, la he espiado. ¡Oh, qué impresiones! Un día, dos, tres... nada. Hizo visitas, fué á los almacenes; Desforges fué todos esos días á la calle de Murillo. Cuando le veía entrar desde el fondo de mi coche, que se estacionaba en la esquina de la calle, sentía sudores de agonia... En fin, hoy, á las dos, salió. La seguí. Después de dos ó tres vueltas, se detiene á la puerta de Galignani, ya sabe V., el librero inglés en los soportales de la calle Rivoli. Se apea, dice algunas palabras al cochero, y se vuelve de vacío. Da algunos pasos. Llevaba un traje obscuro. ¡Cuánto conozco yo aquel traje!... Se me saltaba el corazón. Estaba como loco. Comprendía que llegaba un momento decisivo. La veo desaparecer en un portal grande. Entro detrás. Me encuentro en un gran patio, con una especie de pasaje al otro extremo. La casa tenía otra salida á la calle del Monte-Tabor. Miro con inquietud á esta última calle... No. No hubiera tenido tiempo de entrar en ninguna otra parte. A todo evento, me quedo vigilando la puerta. Si tuviese una cita aquí, no saldría por donde ha entrado. Esperé hora y cuarto en una tienda de vinos de enfrente. Al cabo de este tiempo, la vi aparecer con un espeso velo por la cara... ¡Ah! conozco aquel velo y aquella manera de andar, lo mismo que el traje, y no

podía engañarme... Había salido por la calle del Monte-Tabor. Su cómplice debía haber escapado por la de Rivoli. Corro á ella. Después de un cuarto de hora, se abre la puerta y me encuentro de frente, ¡adivine V. con quién!... ¡con Desforges! ¡Ahora ya tengo pruebas!... ¡Ah!... ¡la infame!...

—No, no, es una mujer, y todas...—respondió Claudio.—¿Quiere V. que le devuelva confianza por confianza, es decir, horror por horror? Ya sabe V. cómo me trataba Colette cuando yo la pedía un poco de piedad. La pegué la otra tarde como un ganapán, y vea lo que ahora me escribe. Mire V.

Y tendió á Renato una carta abierta.

Renato la cogió maquinalmente y leyó las siguientes líneas:

«A las dos de la mañana.—No has venido, amor mío, y te he esperado hasta ahora. Te esperaré también hoy todo el día, y por la noche en mi casa, cuando vuelva del teatro. Trabajo en la primera pieza y me daré prisa. Te lo suplico, ven á amarme. Piensa en mi boca. En mis cabellos rubios. Piensa en nuestras caricias. Piensa en la que te adora, que no puede consolarse de haberte disgustado, y que te desea tanto como te ama, con locura.—TU COLETTE.»

—Para carta de amor... porque es una

carta de amor, ¿eh?—dijo Larcher con feroz alegría.—Ser amado así es más cruel que todo lo demás, porque se ha portado uno como un Alfonso. Pero yo no quiero ya nada ni de ella ni de ninguna... Odio el amor en este momento, y voy á arrancarme el corazón. Haga usted otro tanto.

—¿Puedo acaso?—respondió Renato.—¡No! ¡usted no sabe lo que esa mujer era para mí!...

Y abandonándose á todos los furores de la pasión que hervía en él, comenzó á gemir, con la cara convulsa, llorando y retorciéndose las manos.

—¡No sabe V. ni cuánto la he amado ni la fe que en ella tenía, ni los sacrificios que por ella he hecho! Y verla á ella en los brazos de Desforges. ¡Ah!—y sufrió una sacudida de repugnancia.—¡Si me hubiera al menos engañado con otro, con un hombre en que yo pensara con odio, con rabia, pero sin asco!... Ya lo ve V., de ese no puedo estar celoso... ¡Por el dinero! ¡por el dineró!

Se levantó y estrechó á Claudio entre sus brazos frenéticamente.

—Es Administrador del Norte, V. me lo ha dicho... Pues bien, ¿sabe V. lo que ella me propuso el otro día?... Procurar ganar dinero siguiendo sus consejos... Hubiera yo á mi vez estado sostenido por el Barón... Esto es per-

fectamente natural, ¿no es verdad? que el viejo lo pague todo, la mujer, el marido y el amante del corazón. ¡Ah, si yo pudiese!... Estará esta noche en la Opera, ¡si yo fuese también! ¡Si la cogiese por los cabellos, allí, delante de todo el mundo, y la abofetease, gritándoles á todos que es la más degradada de las mujeres, la más indecente de las cortesanas!

Después, dejándose caer sobre una silla, llorando nuevamente, continuó:

—¡Ella se ha apoderado de mí, si hubiese usted visto, hora por hora!... Me ha aconsejado usted muchas veces que desconfiase de las mujeres. ¡Qué tenía de extraño! ¡Usted amaba á esa Colette, una actriz, una criatura que había tenido otros amantes antes que V.! ¡Y ella, en cambio!... No hay en su rostro una línea que no jure que es imposible, que he soñado... Es como si hubiera visto mentir á los ángeles... Si, tengo la prueba, la prueba cierta... Bajaba por la acera de la calle de Monte-Tabor, con aquel mismo paso... ¿Por qué no la he alcanzado, allí mismo, en aquella calle, en el umbral de aquella infame puerta? La hubiera ahogado entre mis manos como una bestia... ¡Ah, Claudio, mi buen Claudio! ¡Y yo que he estado á punto de aborrecer á V. por su culpa!... ¡Y la otra! ¡He pisoteado el cora-

zón más noble para llegar hasta ese monstruo!... ¡Todo esto es justo, lo he merecido!... Pero, ¿qué es lo que hay en la naturaleza para producir semejantes seres?

Continuó mucho tiempo lamentándose de esta suerte. Claudio le escuchaba sin responderle. Él también había sufrido, y sabía cuánto alivia desahogar el propio sufrimiento. Compadecía con todo su corazón al desgraciado joven que sollozaba, y como analista fino, no podía menos de observar la diferencia que existía entre la desesperación del poeta y la que él había experimentado en circunstancias semejantes. No recordaba, ni aun en los momentos más amargos de su vida, haberse angustiado de aquel modo, así como Renato manifestaba ser una criatura llena de sinceridad.

Estas extrañas reflexiones sobre la diversidad de temperamentos no le impidieron sentir una profunda emoción.

—Enrique Heine lo ha dicho: «El amor es la enfermedad secreta del corazón...» Está usted en el período de invasión... ¿Quiere usted los consejos de un veterano del lazareto? Arregle la maleta y ponga leguas de por medio entre esa Susana... ¡Bonito nombre y bien escogido! ¡Una Susana que se dejaría pagar por sus viejos!... A la edad de V. se curará

pronto... A mí me ha sucedido lo mismo. Sin yo saber cómo ni cuándo... Todavía estoy admirado... Pero hace ya tres días que no amo á Colette... Entretanto, no quiero dejar á V. solo; véngase á comer conmigo. Beberemos buen vino y nos divertiremos. Así se vengán las miserias del corazón...

Al concluir sus lamentos, Renato había caído en esa especie de sopor moral que sucede á las grandes crisis de dolor. Se dejó llevar maquinalmente por la calle del Bac, la de Sévres y el bulevar, hasta el restaurant Lavenue, situado en la esquina de la estación Montparnasse.

Se instalaron en un gabinete particular, en cuyo espejo reconoció Claudio, torpemente grabado, el nombre de Colette entre otros muchos. Mostró este recuerdo de antiguas veladas á su amigo, y frotándose las manos, repetía:

—Tiene uno que reirse de su pasado.

Arregló un *menu* de los más complicados, pidió dos botellas del Corton más añejo, y durante toda la comida no cesó de disertar sobre las mujeres, mientras su amigo apenas comía, contemplando en su pensamiento el divino semblante que tanta fe le había inspirado. ¿Era posible que su Susana fuese una de aquellas de quienes Claudio hablaba con tanto desprecio?

—Sobre todo—decía éste,—no debe V. vengarse. La venganza en amor es como el alcohol en el ponche caliente. Se liga uno á las mujeres por el mal que se les hace tanto como por el mal que nos hacen ellas. Imíteme á mí, no al Claudio de otros tiempos, sino al de hoy, que bebe, come y se ha burlado de Colette como Colette se ha burlado de él. La ausencia y el silencio; he aquí la mejor espada y el mejor escudo en esta batalla. Colette me ha escrito; no la contesto. Ha venido á la calle Varennes. Atranco la puerta. No sabe ni dónde estoy ni lo que hago. Esto es lo que más rabia le da. Supongamos que se marcha usted mañana á Italia, á Inglaterra, á Holanda, adonde quiera. Susana sigue creyendo á usted dispuesto á comulgar piadosamente con toda clase de mentiras, y V. donde está es en el rincón del vagón, viendo pasar los alambres del telégrafo y diciendo: «¡Adiós, ángel mío!» Y después, al cabo de tres días, de cuatro, de cinco, el ángel comienza á inquietarse. Envía una carta á la calle Coëtlogon. Vuelve el criado diciendo:—«¡El señor Vincy está de viaje!—¿De viaje?...»

Y pasan los días y el señor Vincy no vuelve, y no escribe y es dichoso en otra parte. ¡Cuánto daría por estar allí para ver la cabeza del tal Desforges, cuando ella descargue

su cólera contra él! Porque con esas personas tan equitativas, siempre paga el que se queda por el que se va. Pero ¿qué tiene usted?...

—Nada—dijo Renato, á quien Claudio mortificó pronunciando el nombre odiado del Barón: —creo que tiene V. razón; saldré mañana de París sin volverla á ver...

Se separaron después de estas palabras. Claudio quiso acompañar á su amigo hasta la calle Coëtlogon. Le estrechó la mano al llegar á la verja y le dijo:

—Enviaré á Fernando por la mañana para saber á qué hora marcha V. ¡Cuanto antes será mejor, y sin volverla á ver sobre todo!...

—Esté V. tranquilo—respondió Renato.

—¡Pobre niño!—pensó Claudio, subiendo por la calle de Assas.

Andaba despacio por el lado en que se estacionan los coches á lo largo del convento del Carmen, en lugar de tomar el camino de su casa. Se volvió para ver si su amigo había realmente desaparecido. Se detuvo algunos momentos vacilando. Miró el reloj y vió que eran las diez y cuarto.

—El teatro empieza á las ocho y media, el tiempo preciso para cambiar de traje... ¡Bah!—continuó en voz alta hablando consigo mismo.—Sería estúpido si faltase en semejante noche... Cochero, cochero—y despertó

al del carruaje cuyo caballo le pareció más ligero,—calle de Rivoli, esquina á la estatua de Juana de Arco, á escape.

El coche se puso en marcha, volviendo la esquina de la calle de Coëtlogon.

—¡Él llora en este momento—se dijo Claudio;—si me viera tan en seguida dirigirme á casa de Colette!...

Claudio no dudaba que apenas Renato llegase á su casa, pediría á su hermana el frac. La pobre Emilia quiso interrogarle, pero un «no estoy para conversaciones», seco y duro, le cortó los ánimos para insistir. Era un viernes, y Renato, conforme había dicho á Claudio, sabía que Susana estaba á la razón en la Ópera. ¿Por qué se había apoderado de él tan tenazmente la idea de verla sin tardanza? ¿Iba á realizar su amenaza de insultar públicamente á su pérfida amante, ó quería que sus ojos gustasen tan mentirosa belleza por última vez antes de su marcha? En la semana anterior, y cuando á toda prisa se dirigía al *Gimnasio* después de la conversación con Colette, había podido razonar y discutir tan repentino proyecto.

La analogía exterior entre la resolución de ahora y la de entonces le hizo apreciar mejor, al dirigirse á la Ópera, cuánto había cambiado todo en tan poco tiempo. ¡Qué es-

peranza le animaba entonces y qué desesperación le consumía ahora! Pero ¿y á qué esta decisión?... Iba pensando en esto al subir la escalera, pero sintiéndose como arrastrado por una fuerza superior á todo cálculo. Desde que vió á Susana entrar en la casa de la calle del Monte-Tabor y salir, obraba como un autómatas. Al sentarse en la butaca, el bailable de *Fausto* iba á terminar. La primera impresión de la música sobre aquellos crispados nervios fué de suave enternecimiento; afluyeron las lágrimas á sus ojos, hasta empañar los cristales de sus gemelos dirigidos á la platea de Susana; allí, donde se le había aparecido tan divinamente púdica y hermosa al día siguiente de la *soi-ée* de casa de Komof, ni más ni menos que ahora... Colocada sobre el antepecho, con traje azul, un hilo de perlas en su delicado cuello, y diamantes en su rubia cabellera. Otra mujer á quien Renato no conocía, morena, vestida de blanco y adornada con joyas, la acompañaba. Tres hombres se dejaban ver en el fondo de la platea. Uno desconocido para el poeta, los otros dos eran Moraines y Desforges. ¡Desgraciado! Los tres estaban ante su ojos; la mujer vendida á aquel vividor, ya entrado en años, y el marido que se beneficiaba de la venta. Al menos así lo creía Renato. Tal cuadro de infamia cambió

en furor su ternura. Todo se reunía para hacerle perder el juicio: la indignación de hallar tanta gracia ideal sobre el rostro de Susana, que aquella misma tarde huía furtivamente de una cita inmunda, los celos exasperados con la presencia del feliz rival, y una especie de impotente humillación al volver á ver á esa pérfida cortesana gozosa, admirada, en todo el esplendor de su mundano reinado, mientras que él, su víctima, moría de dolor sin haberla castigado.

Concluyó el bailable, y al comenzar el entreacto, Renato había llegado al paroxismo de la ira, en el cual, por algunos minutos, como accesos de locura lúcida, el frenesí del alma va acompañado de un completo dominio del sistema nervioso.

Puede uno ir y venir, sonreír, hablar con todas las apariencias de la calma, mientras el interior es un torbellino de mortales ideas. Los más insanos propósitos parecen movimientos naturales en tal situación. Una idea cruzó por el cerebro del poeta: ir al palco y lanzar á la de Moraines todo el desprecio que sentía por ella. ¿Cómo? Poco importaba el cómo, porque lo único que necesitaba era quitarse la pesadumbre. Atravesó el pasillo, lleno de elegantes, enajenado, dando encuentros sin cuidarse de dar excusa á nadie, y

pidió al acomodador que le indicase la platea sexta de la derecha.

—¿La del señor Desforges?—dijo el acomodador.

—Sí—contestó.—Él paga también el teatro, es muy natural...

La puerta se abrió, atravesó el saloncillo que precede á la platea, y Moraines, con su franca y sencilla fisonomía, se adelantó á saludarle, diciéndole, como si todos los días se viesan:

—¿Cómo va?

É interpelando á su mujer, que había notado la presencia de Renato sin que su rostro indicase la menor extrañeza,

—El señor Vincy...

—No, no soy yo quien le ha olvidado—respondió Susana, saludando á Renato con una graciosa inclinación de cabeza,—él es quien más bien se olvida...

La perfecta cortesía con que pronunció esta frase, la sonrisa con que la subrayó, la necesidad de estrechar la mano del marido á quien consideraba como sostenedor legal, y de saludar al barón Desforges y demás personas que había en el palco, eran detalles que contrastaban demasiado violentamente con la fiebre interior del joven, que no pudo menos por esto mismo de permanecer algunos

minutos desconcertado. La vida mundana es así; se producen escenas trágicas sin ruido y bajo las falsas amabilidades de la conversación y las exigencias de las maneras.

Moraines había ofrecido un asiento á Renato detrás de Susana, y ésta disputaba con él á propósito de sus gustos musicales con tan aparente indiferencia, como si esta visita no tuviera para ella una significación temible. Desforges y Moraines hablaban con la otra señora. Renato les oía hacer apreciaciones sobre las gentes de la sala; no estaba acostumbrado á este dominio de sí mismo, que permite á las mujeres del mundo hablar de escándalos ó de música con ansiedad devoradora. Balbuceaba respuestas á las frases de Susana, sin comprender él mismo lo que decía. Pronto le embargaron los sentidos el perfume de heliotropo que ella usaba ordinariamente, y los recuerdos de sus intimidades; se atrevió á mirarla, y sus ojos se encendieron con salvaje delirio, que atemorizó á la de Moraines. Ella había comprendido, con la sola aparición del joven, que algo extraordinario pasaba; pero estaba bajo la mirada de Desforges, y era preciso mostrarse correcta. De otro lado, la menor imprudencia de Renato podía comprometerla. Toda su vida dependía de un gesto, de una palabra de éste, á quien

consideraba capaz de pronunciarla ó de hacer tal gesto.

Tomó ella el abanico y el pañuelo de encaje que había colocado sobre el antepecho de la platea, y se levantó pasándose la mano por la frente.

—Se siente aquí demasiado calor—dijo, dirigiéndose al poeta, que también se había levantado al mismo tiempo...—¿Quiere usted venir al antepalco? Podremos hablar mejor.

Sentados ambos en el canapé del saloncillo, le dijo en alta voz:

—¿Hace mucho tiempo que no ha visto á nuestra amiga la de Komof?

Y luego en voz baja:

—¿Qué tienes, amor mío? ¿Qué te pasa?

—Tengo—respondió Renato con voz apagada—que lo sé todo, y que he venido á decirte que eres la última de las mujeres... No te molestes en contestarme... Lo sé todo; sé á qué hora has ido á la casa de la calle del Monte-Tabor, y á qué hora has salido, y quién te esperaba allí... Basta de mentiras; yo mismo te he visto. Esta es la última vez que te hablo, pero óyelo bien: eres una miserable...

Susana se abanicaba mientras Renato la lanzaba estas terribles frases. La emoción que le causó el golpe, no la impidió comprender que era preciso cortar inmediatamente

esta escena con un amante enloquecido que había perdido el dominio de sí. Se inclinó, pues, hacia la platea, y llamando á su marido,

—Pablo—dijo,—mira á ver si quizá el carruaje se ha adelantado... No sé lo que tengo, no sé si es el calor, he tenido un desvanecimiento... Perdóneme, señor de Viney.

—Es raro—decía Moraines al poeta;—ha estado tan alegre toda la noche... Estos teatros están tan mal ventilados... Le habrá contrariado mucho no poder seguir hablando con usted, admirando como admira su talento. No deje V. de vernos... ¡Hasta pronto!...

Y sacudió con su fuerza habitual la mano del poeta, quien le vió desaparecer por entre la multitud de lacayos que esperaban á sus señores. Se oyeron los primeros compases del acto quinto de *Fausto*. Un nuevo acceso de rabia se apoderó de Renato, que por el momento sólo pudo desahogarse con la frase siguiente, dicha casi en alta voz en los pasillos sin gente:

—¡Ah! ¡yo me vengaré!

XVIII

EL MÁS FELIZ DE LOS CUATRO

Susana conocía muy bien el golpe de vista de Desforges, para pensar que la escena de la platea le hubiese pasado desapercibida por completo. ¿Qué había visto? ¿Qué pensaba? He aquí dos preguntas de principal importancia para ella. Le fué imposible contestarlas en los pocos minutos que tardaron en llegar al pie de la escalera que da al pórtico de los carruajes. El semblante del Barón se mostró impenetrable, y ella tampoco tenía fuerzas en aquel momento para desplegar todas sus habituales facultades de observación. La comedia de su indisposición no había sido más que representada á medias, porque el súbito golpe de Renato la había llenado de espanto y de dolor.

Llegó á temer que el joven, indudablemente fuera de sí, hiciera una sonada y la perdiese para siempre. Al propio tiempo, su pasión viva y sincera sufría con tan terrible ultraje y con el descubrimiento aún más terrible de sus mentiras. Conforme bajaba, sen-